

## Una Mujer entre dos Mundos

Había vivido en esa casa durante quince años, toda aquella masa de recuerdos y de presente la hacían infeliz, insegura e insignificante.

Alberta ya no era “la hija de los Aroztegui”, ahora era “la señora de Maya” la esposa de Rodrigo Maya.

Había convertido su identidad de hija por la de mujer casada.

Toda su vida fue pertenencia de los demás, nunca pudo disolver sus relaciones de dependencia que le generaban el deber de pertenecer a alguien y no a si misma.

A sus padres les debía litros y litros de leche, cientos de panes con manteca, miles de lapices de colores, y millones de consejos.

Cursos de piano, danza y pantomima, entradas al circo, vacaciones, golosinas y mascotas.

Ahora le debía a su marido vestidos, cenas en suntuosos restaurantes, bouquets de flores, viajes a países calientes y hasta un hijo.

Alejandro era un niño que construyeron mucho antes de ser concebido, era un hijo planificado, discutido, deseado, polemizado y sobre todo para Alberta era un hijo debido.

Esa mañana estaban los tres sentados, hablando de la lluvia y mientras desayunaban Alejandro y Rodrigo mantenían un diálogo que no incluía terceros.

Alberta entendió que su presencia no era grata (al menos no en ese momento) y se quedó ocupando en la sala un espacio de objeto decorativo.

Rellenaba de a poco la taza de su marido con café y untaba manteca en la tostada de su hijo cumpliendo con la tarea doméstica en silencio.

Alejandro tenía nueve años pero cuando hablaba de algo que le interesaba, lo hacía de un modo “bochornosamente” maduro.

Alberta tenía tendencia a mirar a su hijo con cierta admiración, cooperando con la construcción de un ser claramente narcisista.

Detrás de su mirada maternal había un rechazo indescriptible por Alejandro.

Mas de una vez tuvo que controlar sus caras de fastidio, apaciguar su ira encerrándose en el baño metiendo su cabeza colorada debajo de la canilla de agua fría intentando borrar cualquier signo que delatará su desprecio hacia él.

Veía en cada expresión de su hijo los gestos de Rodrigo y eso le ponía inevitablemente la piel de gallina, sentía temor, culpa y un doble castigo.

Los hombres de la casa discutían sobre el clima y las incidencias de este en los pueblos -como si la mesa de la cocina fuese un escritorio de sociólogos exitosos- y no una simple mesa con mantel de hule.

Alberta sostenía la jarra tibia del café entre sus manos, observando por la ventana la lluvia que bañaba los tejados rojizos de la residencia. Proyectando en esa imagen, el deseo de meter la cabeza debajo del agua para esconder su desprecio.

Mientras Rodrigo y Alejandro hablaban de las alegrías y euforias de los pueblos tropicales de una forma despectiva y prejuiciosa -como si vivieran en Stocolmo y no en Montevideo-. El cuerpo de Alberta se transformaba de color, los pálidos eran escarlatas incendiados, la temperatura corporal ascendía provocándole un sudor anormal. Definitivamente estaba explotando de bronca, de odio y de desesperación.

Estaba en un estado de erupción, no era mas una mujer, ahora era un volcán a punto de explotar! Cuanto mas escuchaba la conversación déspota que mantenían padre hijo, el paisaje mental de Alberta se transformaba en altos médanos de arena que la asfixiaban dejándola sin aire. Tenia la boca reseca, no aguantaba mas el grito interno que durante años venia reprimiendo bajo la sonrisa dulce de una esposa maternal. La conversación en la cocina se estaba tornando de claro a claro oscuro, las palabras se desprendían de aquellas bocas sin temor a las consecuencias, sin ninguna censura, sin moral, sin limites.

Alberta posó suavemente la jarra de café en la mesa, marchándose de la cocina de forma silenciosa evitando las miradas crudamente analíticas de la mañana.

En diez minutos de ausencia, Alberta colocó en dos bolsos aquellas cosas que le permitirían vivir en cualquier otro lado que no fuese ese. Tomo dos paraguas del armario y se puso el pilot marrón triste con los bolsillos repletos de boletos de otras épocas.

Alberta, con el brazo tembloroso y el corazón en la boca, tomó la mano de su hijo, pues su primer impulso fue la rápida huida.

Alejarse de ese lugar era lo más adecuado para todos, Alberta no podía continuar conviviendo con la indiferencia y el desamor. No obstante algo la retuvo en el lugar -como si le hubieran ordenado no moverse, como si la hubieran rociado con gas paralizante- aquello que la paralizaba era un seco piñazo en la nuca que la desvaneció en la entrada de su casa. La puerta entreabierta dejaba en contacto dos mundos bien distintos, el mundo publico y el mundo privado.

Rodrigo cerró la puerta ocultando sus actos en un simpático “buen día vecino” descansando sus nudillos violentos en los bolsillos de su pantalón impecablemente planchado.

Alejandro quedó paralizado por la escena inesperada y se zambulló en los brazos de su madre -que reposaba en el suelo en estado inconsciente-.

Intentó despertarla con besos y caricias, gritó y lloró como nunca lo había hecho en sus pequeños años de vida.

Mientras tanto Ramiro intentaba dar explicaciones inexplicables sollozando en los brazos de su hijo, dejando a un lado el cadáver (que de a poco parecía resucitar entre parpadeos nublosos de consciencia).

Todo en esa mañana era tristemente marrón, el parquet, el pilot de Alberta, las hojas de otoño que entraron por la puerta de entrada sin salida y la sangre seca de su nariz.

Cuando se puso de pie entendió que era un día como cualquier otro, su marido partió a la oficina dejando a Alejandro en la Escuela.

Alberta sabia que esa noche seria como algunas “noches especiales”, luego de un perdón entre dientes pondría en el jarrón del living un hermoso ramo de rosas. Y si el golpe le causara una nueva cicatriz quizás irían de vacaciones antes de lo planeado.

Fue así que juntó las migas del mantel antes de lavar su herida y en la soledad de la casa escuchó el eco de su silencio que retumbó estruendosamente en las cuatro paredes de su mundo.

**Cathy Burghi.**